

PRESENCIA DE MARIÁTEGUI EN LA OBRA DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS*

Antonio Melis

Universidad de Siena-Italia

No es fácil encontrar otra tradición literaria hispanoamericana del siglo XX que cuente, como en el caso del Perú, con tres personalidades tan extraordinarias como César Vallejo, José Carlos Mariátegui y José María Arguedas, cubriendo de esta manera el territorio de la poesía, del ensayo y de la narrativa. Esta auténtica trinidad, además, a pesar de las diferencias, mantiene una estrecha vinculación recíproca en el caso de los autores contemporáneos (Vallejo y Mariátegui) y como punto de referencia constante en el caso de la actitud de Arguedas hacia los dos primeros.

En esta oportunidad quiero detenerme sobre todo en la presencia de José Carlos Mariátegui en la obra narrativa y en los ensayos etno-antropológicos de Arguedas, sin olvidar que el mismo José María ha dedicado un discurso breve pero muy intenso a la figura de César Vallejo, considerado como "intérprete inmortal del dolor humano"¹. El punto de partida de este rastreo lo ofrecen las declaraciones del propio Arguedas, que en varias circunstancias significativas señala la importancia que tuvo la obra de Mariátegui para su formación intelectual. Quiero limitarme a dos de ellas, que tienen un relieve particular porque se colocan ambas en los últimos años de vida del autor.

La primera pertenece al conocido "Primer Encuentro de Narradores Peruanos", organizado en Arequipa en el año 1965 por la Casa de la Cultura, bajo la dirección de Antonio Cornejo Polar, con la participación de los más importantes cuentistas y novelistas de la época y de varios críticos literarios. En el curso del tercer y último debate de esas intensas jornadas, Arguedas quiso aclarar el papel que en su toma de conciencia del problema indígena jugó la teoría, después de haber insistido en sus intervenciones anteriores en su experiencia vital decisiva entre los indios:

La interpretación desde adentro del mundo andino, y no solamente del indio, no habría sido posible únicamente por el hecho de que quienes así lo hicimos tuvimos la suerte de vivir con los indios, como los indios, participando de sus dolores, de sus esperanzas, de su fe, de toda su vida, ése es solamente un elemento. Yo declaro con todo júbilo que sin "Amauta", la revista dirigida por Mariátegui, no sería nada, que sin las doctrinas sociales difundidas después de la primera guerra mundial tampoco habría sido nada. Es "Amauta", la posibilidad teórica de que en el mundo puedan, alguna vez, por obra del hombre mismo, desaparecer todas las injusticias sociales, lo que hace posible que escribamos y lo que nos da un instrumento, una luz indispensable para juzgar estas vivencias y hacer de ellas un material bueno para la literatura.²

* Publicado en: Sara Beatriz Guardia - Sandro Mariátegui. Edición y compilación. *Mariátegui en el siglo XXI. Textos críticos* Lima: Librería Editorial Minerva, 2012.

¹ José María Arguedas, "En el Trigésimo Aniversario de la muerte de Vallejo", *Amaru*, Lima, 1968, p.95.

² *Primer Encuentro de Narradores Peruanos*, Lima, 1986, pp.235-236. (I ed. Lima, 1969).

Arguedas ofrece asimismo un testimonio fundamental sobre la distribución de la revista, que coincide con los datos que se pueden deducir de los documentos presentes en el Archivo administrativo de Amauta, conservado por la familia Mariátegui:

Cuando yo tenía 20 años encontraba "Amauta" en todas partes, la encontré en Pampas, en Huaytará, en Yauyos, en Huancayo, en Coracora, en Puquio: nunca una revista se distribuyó tan profusamente, tan hondamente como "Amauta". Yo encontraba en la revista una orientación doctrinaria llena de una fe inquebrantable sobre el hombre y sobre el Perú, a través de esta fe en el porvenir del hombre, fe que no se ha destruido ni se destruirá jamás en quienes vivimos entonces, es que empezamos a analizar nuestras propias vivencias y a dar curso a nuestra fe en el pueblo con el que habíamos vivido³.

Por otra parte, afirma la necesidad de complementar las descripciones del mundo andino con el aporte de su vivencia personal, que le permite corregir una visión a veces demasiado esquemática de los sujetos sociales que actúan en el mundo de la sierra. Para él la "observación consciente", como define la obra de los investigadores sociales, es algo que viene después del conocimiento que surge de la vida.

La segunda declaración pertenece a un texto muy conocido del autor, el discurso que pronunció cuando en octubre de 1968 le fue entregado el Premio Inca Garcilaso de la Vega. Arguedas tenía una clara conciencia del valor de esas palabras, puesto que quiso que ellas figuraran como prólogo a su última novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. En esa intervención, Mariátegui aparece no sólo como uno de los valores más altos del Perú, junto a Vallejo, a José María Eguren, al Inca Garcilaso, a Huamán Poma etc., sino que representa un punto de referencia decisivo para comprender el mundo:

En la primera juventud estaba cargado de una gran rebeldía y de una gran impaciencia por luchar, por hacer algo. Las dos naciones de las que provenía estaban en conflicto: el universo se me mostraba encrespado de confusión, de promesas, de belleza más que deslumbrante, exigente. Fue leyendo a Mariátegui y después a Lenin que encontré un orden permanente en las cosas; la teoría socialista no sólo dio un cauce a todo el porvenir sino a lo que había en mí de energía, le dio un destino y lo cargó aun más de fuerza por el hecho mismo de encauzarlo. ¿Hasta dónde entendí el socialismo? No lo sé bien. Pero no mató en mí lo mágico. No pretendí jamás ser un político ni me creí con aptitudes para practicar la disciplina de un partido, pero fue la ideología socialista y el estar cerca de los movimientos socialistas lo que dio dirección y permanencia, un claro destino a la energía que sentí desencadenarse durante la juventud⁴.

Estos dos testimonios son verdaderos pilares para reconstruir el tejido de las relaciones entre los dos autores, sobre todo porque se colocan ambos en los últimos años de vida de Arguedas y constituyen por eso mismo el punto de llegada de una larga reflexión. Al mismo tiempo no agotan el tema, puesto que las referencias arguedianas a Mariátegui se encuentran en toda su obra, como veremos, en forma directa o indirecta.

Aunque existe una unidad profunda dentro de toda la producción escrita de Arguedas, es posible en esta oportunidad señalar una diferencia parcial, en el tratamiento, del tema que aquí nos interesa entre las obras antropológicas y la narrativa del autor. En

³ *Ibid.*, p.236.

⁴ José María Arguedas, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, en *Obras completas*, Lima, 1983, t.V, p.14.

el primer caso, es inevitable que el tiempo transcurrido desde la muerte temprana de Mariátegui y la época que vivió Arguedas haya significado cambios profundos tanto en la realidad andina como en la perspectiva de sus observadores. Mariátegui había vivido la estación de la reivindicación de la cuestión indígena como cuestión nacional. Se puede decir que su aporte decisivo cierra esta fase histórica, descubriendo el fundamento económico de la opresión del pueblo indígena, frente a los planteamientos meramente humanitarios, educativos o administrativos, por otra parte sin olvidar las otras dimensiones del problema mismo.

Arguedas, a partir de su vivencia personal y de sus estudios, se interesa sobre todo en las nuevas dinámicas que se manifiestan dentro de la sociedad indígena, dentro del contexto más amplio de las transformaciones generales que conoce el país. Su atención se dirige sobre todo hacia la figura del cholo, el mestizo que está emergiendo como protagonista de la nueva fase histórica. Al mismo tiempo trata de detectar, dentro de los cambios que se producen, la posibilidad de mantener la esencia profunda y los valores milenarios de la cultura indígena. Es fácil observar en sus trabajos oscilaciones sobre este aspecto fundamental, pero se puede afirmar que predomina una visión positiva de las transformaciones en acto. Más compleja, en cambio, es la situación que encontramos en las obras literarias, donde se manifiesta de manera más evidente la contradicción entre los elementos eufóricos y los momentos depresivos.

El ensayo más significativo para captar convergencias y divergencias con Mariátegui es "Razón de ser del indigenismo en el Perú". Después de haber destacado aquí también el papel de la revista *Amauta*, se refiere a los conocimientos parciales que José Carlos tuvo de la cultura indígena, debido sobre todo a la escasez de los estudios sobre ese tema en su época:

Mariátegui no disponía de información sobre la cultura indígena o india; no se la había estudiado, ni él tuvo oportunidad ni tiempo para hacerlo; no se conocía, y es probable que aún en estos días no se conozca mejor, la cultura incaica, sobre la que existe una bibliografía cuantiosísima, sobre el modo de ser de la población campesina indígena actual. Se han hecho pocos estudios acerca de las comunidades y existe una tendencia pragmática perturbadora entre algunos de los antropólogos que se dedican a esta tarea.⁵

Si pasamos ahora a las obras de creación literaria, registramos la presencia de dos imágenes de José Carlos Mariátegui, dentro de la narrativa de Arguedas, que adquieren un valor simbólico muy alto. La primera se encuentra en la primera novela de Arguedas *Yawar Fiesta*, publicada en 1941, que tiene como motivo central las contraposiciones que se manifiestan en la población de Puquio después de la decisión de la autoridad central de prohibir la tradicional corrida indígena. La actitud que asumen los distintos sectores de ese microcosmo andino frente al decreto representa ya una realidad mucho más articulada y compleja de la que supone el mero conflicto entre indios y terratenientes. Mientras algunos sectores del grupo dominante se expresan diligentemente y servilmente en favor de la prohibición, hay dos excepciones notables. Un comerciante y un gran terrateniente asumen la defensa de la tradición indígena con gran pasión, hasta el punto de terminar en la cárcel del pueblo por orden de la autoridad.

⁵ José María Arguedas, "Razón de ser del indigenismo en el Perú", en *Formación de una cultura nacional indoamericana*, selección y prólogo de Ángel Rama, México, 1975, p.192. El ensayo se había publicado por primera vez, después de la muerte de Arguedas, en la revista *Visión del Perú*, Lima, 1970, pp.43-45.

A través de este panorama insólito y hasta desconcertante, Arguedas llama la atención sobre la complejidad de las relaciones sociales en el mundo andino. Al lado de la caracterización étnica y social, se afirma la importancia que juega el factor cultural. La cultura indígena ya no es algo limitado a las comunidades, sino que actúa como un fermento que penetra dentro de todo el tejido social de la sierra, alcanzando hasta representantes del mundo de los mistis. El caso más notable, desde este punto de vista, es el que tiene como protagonista la figura de don Julián Arangüena. El mismo autor lo presenta como un típico gamonal abusivo, que ejerce en forma violenta y abusiva su autoridad sobre sus colonos. Pero al mismo tiempo es un hombre que ha sido conquistado espiritualmente por algunas manifestaciones de la cultura indígena. Por eso se ofrece para acompañar a los indios del barrio de K'ayau a capturar el toro salvaje, apodado de manera escaramántica Misitu, que vive en sus tierras, para que se enfrente en el turupukllay con los "toreros" indios.

Pero dentro de la misma población indígena la circular que prohíbe el Yawar Fiesta suscita contradicciones inesperadas para los que tengan una visión esquemática y simplista de la sociedad andina. Mientras los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio y sus varayok's defienden la tradición, los serranos emigrados a Lima, que se reúnen en el Centro Unión Lucanas, piensan que la circular de la autoridad sirve para defender a sus hermanos, eliminando una costumbre violenta y bárbara. Y es aquí que aparece, en forma singular, durante una reunión de la directiva del mismo Centro, la figura de Mariátegui:

Fueron, el estudiante Tincopa, el chofer Martínez, el empleado Guzmán, el conductor Rodríguez y los obreros Vargas y Córdova. Tres se sentaron sobre el catrecito de madera del estudiante y los demás sobre cajones. Una fotografía de Mariátegui, clavada en la pared cabecera, dominaba la habitación. Bajo el retrato, de una percha, colgaba una guitarra; una cinta peruana en rosón adornaba el clavijero de la guitarra.⁶

Al final de la sesión, donde se aceptan con entusiasmo las propuestas de la autoridad, en la absoluta convicción de estar defendiendo el interés de los indígenas, el estudiante Escobar se dirige directamente al retrato de Mariátegui con palabras conmovedoras, puesto que hace referencia también a la enfermedad que aquejó al gran intelectual y lo condujo a una muerte prematura:

Te gustará werak'ocha lo que vamos a hacer. No has hablado por gusto, nosotros vamos a cumplir lo que has dicho. No tengas cuidado, taita: nosotros no vamos a morir antes de haber visto la justicia que has pedido. Aquí está Rodríguez, comunero de Chacralla, aquí estamos los chalos Córdova, Vargas, Martínez, Escobarcha; estamos en Lima; hemos venido a saber desde dónde apoyan a los gamonales, a los terratenientes; hemos venido a medir su fuerza. Por el camino de los ayllus hemos llegado. ¡Si hubieras visto esa faena, taita! Capaz hubieran sanado tus piernas y tu sangre. ¡Si hubieras conocido Puquio! Pero nuestro "Obispo" te va a tocar un huayno lucana y nosotros vamos a cantar para ti, como juramento.⁷

Se trata, con toda evidencia, de una escena de gran intensidad y ternura. Al mismo tiempo el capítulo VII de la novela, titulado "Los serranos", se cierra con la imagen de los indios de Puquio que están preparando con cantos propiciatorios la captura del Misitu. Es clara la alusión, a través de este contraste objetivo, a la pérdida de contacto

⁶ José María Arguedas, *Yawar Fiesta*, en *Obras completas, cit.*, t.II, p.130.

⁷ *Ibid.*, pp.130-131.

que se ha producido entre los cholos transplantados en la capital y sus comunidades de procedencia. Asimismo es probable que esté presente en este episodio una alusión indirecta a la recepción distorsionada del pensamiento de Mariátegui que se afirmó durante largo tiempo después de su muerte.

La segunda referencia importante a Mariátegui dentro de la narrativa de Arguedas se encuentra en la novela que sigue siendo hasta hoy la menos estudiada por la crítica. *El Sexto*, como aclara el mismo autor, empezó a escribirse en 1957 y se publicó en 1961, aunque su proyecto se remonta al lejano 1939. El tema, como aparece en el mismo título, es la prisión que el escritor sufrió en 1937, por haber participado, como miembro de un Comité de Defensa de la República Española, a un acto de repudio contra la presencia en la Universidad de San Marcos de un general italiano, representante del gobierno de Mussolini, aliado de los franquistas, a pesar del principio de no intervención proclamado por las grandes potencias.

El tema fundamental de la novela, enfocada desde el punto de vista de un personaje autobiográfico, el estudiante Gabriel, es la contraposición entre militantes comunistas y apristas dentro de la cárcel donde están encerrados por oponerse a la dictadura de Oscar Benavides. El nombre de Mariátegui, a diferencia de la novela anterior, no aparece en forma explícita en estas páginas. Pero su presencia latente se manifiesta a través de un episodio singular, protagonizado por un personaje que parece totalmente ajeno a las contiendas que dividen a los presos políticos. En efecto, Pacasmayo, así llamado por su lugar de procedencia, se encuentra preso por razones que no tienen nada que ver con la política y no llega a entender las discusiones violentas entre apristas y comunistas. Pero es justamente él que enuncia un proyecto de trabajo artesanal que se ha inventado para entretenerse en la cárcel:

Pacasmayo se paseaba angustiado en el largo corredor del tercer piso. Peón de Ajedrez le había enseñado a modelar las figuras del ajedrez en miga de pan.

-Peruanicemos el ajedrez -había dicho jovialmente Pacasmayo, cuando se sintió diestro en el oficio.

Y con gran alegría modeló un Inca que haría de rey, una coya como reina, y unos torreones de pucará de estilo imperial, que servirían de torres.

-La llama no puede reemplazar al caballo -dijo, muy preocupado-. ¿Qué hacemos? La llama es mansita, es un lindo animal de carga. ¡No, no puede legítimamente reemplazar al caballo!⁸

Puede parecer una mera anécdota chistosa, pero dentro del contexto de la novela adquiere el significado de una clara referencia a la sección de la revista Mundial donde Mariátegui, entre 1925 y 1929, publicó varios artículos destinados a formar la base de sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. El hecho de que la consigna se aplique a un sector tan particular como el ajedrez es una señal de la importancia que Arguedas le atribuye. Al mismo tiempo permite iluminar una posible clave de lectura de la novela, como documento de una fase histórica del Perú contemporáneo.

A través del personaje autobiográfico del estudiante Gabriel, Arguedas nos está hablando de la situación de angustia de muchos intelectuales peruanos en los años sucesivos a la muerte de Mariátegui. Como se sabe, la revista Amauta termina casi enseguida sus publicaciones, después de una tentativa de mantenerla en vida bajo la dirección de Ricardo Martínez de la Torre. En realidad, en los tres números que se editan en 1930, se perciben ya los reflejos de los cambios introducidos por los sucesores de Mariátegui. Se advierten los efectos del viraje representado por la

⁸ José María Arguedas, *El Sexto*, en *Obras completas*, cit., t.III, p.266.

transformación del Partido Socialista fundado por Mariátegui, que mantenía una relación autónoma con la Internacional Comunista, en un Partido Comunista alineado con Moscú. Una de las manifestaciones más evidentes de esta transformación, al lado del sectarismo político practicado en nombre de la línea "clase contra clase", es el espacio cada vez más reducido dedicado a los temas culturales, que en cambio abundaban en la revista dirigida por Mariátegui.

A partir de estos datos, es interesante volver al ensayo, citado anteriormente, "Razón de ser del indigenismo en el Perú". Allí encontramos un alto elogio de la revista Amauta, fundado justamente en su gran apertura en el terreno intelectual y literario:

Mariátegui tuvo el suficiente talento y ascendencia personal como para no convertir su revista en el órgano de expresión de una secta. Acogió a todos los escritores y artistas de alto o mediano valor; estimuló la creación artística; fue el primero en demostrar la excepcional categoría estética de un poeta considerado "puro" como Eguren; alentó con igual entusiasmo a otro poeta muy joven, entonces, y que ha permanecido puro, en el mejor sentido de la palabra, a Martín Adán, y al mismo tiempo y con el mismo interés a toda una legión de poetas que se proclamarían indigenistas.⁹

Hace algunos años, en un trabajo dedicado a la poesía peruana de los años Treinta, he intentado poner en relación el largo silencio de algunos poetas importantes que habían colaborado en Amauta con la pérdida de ese punto de referencia representado por la política cultural abierta de Mariátegui.¹⁰ Se cierra, a partir de esta década, la relación fecunda que se había instaurado entre los intelectuales y un proyecto de renovación general de la sociedad peruana. Considerando que *El Sexto*, aunque redactado mucho más tarde, refleja la realidad nacional de los Treinta, es evidente que en la figura de Gabriel el autor quiso representar, más allá de una vivencia personal, el drama colectivo de toda una generación huérfana de Mariátegui.

Resumiendo este viaje sintético dentro de las relaciones entre dos intelectuales fundadores del Perú contemporáneo, podemos concluir que Arguedas representa el auténtico heredero del director de Amauta. Esta afirmación, desde luego, se alimenta de un concepto de la herencia intelectual que no corresponde a la mera repetición de las enseñanzas del maestro, sino que se manifiesta en la revisión crítica y creadora de su aporte. Es la misma actitud, en otras palabras, que Mariátegui asumió frente a los intelectuales que le habían precedido en la reflexión sobre la realidad peruana y especialmente sobre la cuestión indígena, a partir de Manuel González Prada. Por un lado se necesita utilizar los nuevos instrumentos hermenéuticos que la evolución del debate intelectual pone a disposición del investigador. Por el otro es importante captar los cambios profundos que se van produciendo dentro de una sociedad en continua transformación.

El reconocimiento de José María Arguedas como auténtico heredero de Mariátegui, justamente por su asimilación crítica y creativa de la obra de su antecesor, conlleva, sin embargo, una consecuencia negativa para la historia del Perú. Una vez más nos encontramos frente a una figura aislada, muchas veces no comprendida, y no frente a un movimiento colectivo capaz de asumir verdaderamente su aporte a la construcción de la sociedad nacional. No hay que confundir los homenajes formales y muchas veces meramente retóricos rendidos a esas grandes personalidades con la recepción

⁹ José María Arguedas, "Razón de ser del indigenismo en el Perú", *cit.*, p.192.

¹⁰ Antonio Melis, "La poesía degli anni '30 tra avanguardia e impegno: il caso peruviano", *Letterature d'America*, Roma, 1984, pp.123-134.

auténtica de su enseñanza. El día en el que el Perú llegará a recuperar el inmenso tesoro representado por su elaboración, se abrirá una nueva página decisiva en el camino de construcción de una nación de todas las sangres.